

CAPITULO

la historia de la literatura argentina

45. La crítica moderna

Este fascículo ha sido preparado por el profesor Rodolfo A. Borello, redactado en el Departamento Literario del Centro Editor de América Latina, y ha tenido una lectura final a cargo del profesor Adolfo Prieto.

CAPITULO constituirá, a través de sus 56 fascículos, una Historia de la Literatura Argentina, ordenada cronológicamente desde la Conquista y la Colonia hasta nuestros días. El material gráfico con que se ilustrará la Historia, estrechamente vinculado con el texto, brindará a los lectores una visión viva y amena de nuestra literatura y del país. Cada fascículo será, a su vez, un trabajo orgánico y completo sobre un aspecto, tendencia, período o autor de nuestras letras.

En CAPITULO Nº 46:

INTELLECTUALISMO Y EXISTENCIALISMO: MALLEA

- LA NUEVA NOVELA
- OBRA DE MALLEA
- ESTIMACION CRITICA DE MALLEA
- BORGES Y MALLEA VISTOS
POR WALDO FRANK
- AUTOBIOGRAFIA DE MALLEA

y junto con el fascículo, el libro
LA SALA DE ESPERA, de Eduardo Mallea

Para el material gráfico del presente fascículo, se ha contado con la cortés colaboración del Archivo Gráfico de la Nación, del Instituto de Literatura Argentina de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, y de las colecciones particulares de Horacio Jorge Becco, Sergio Provenzano y Paulino Vázquez.

Oportunamente se suministrarán portadillas con títulos de tomos y capítulos para que los fascículos puedan encuadernarse. La Dirección se reserva el derecho de sustituir cualquiera de los títulos anunciados.



La crítica moderna

Comienzos del siglo: escritores y público. — El siglo XX contemplará algunos fenómenos desconocidos hasta ese momento en la historia intelectual argentina. En primer lugar, y como ya se ha indicado en su oportunidad, la aparición de los primeros escritores profesionales, muy bien representados por Leopoldo Lugones, Ricardo Rojas y Roberto Payró. Hombres que dedican su vida a escribir y cuya profesión asume el sentido específico que se corresponde con la obligada división del trabajo en una sociedad más compleja que la del siglo anterior.

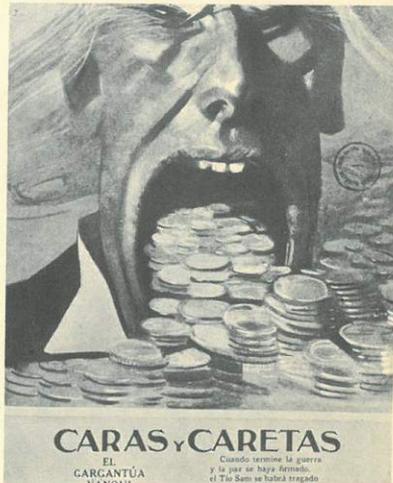
En segundo término, aparece por vez primera la posibilidad de un amplio público de lectores para nuestros prosistas y poetas. Ese público, a través de las grandes revistas populares (*Caras y Caretas*, P. B. T.) y los diarios, leerá a estos escritores en un proceso coincidente con el desarrollo económico del país. La clase media nacida en la inmigración concederá al intelectual y a lo literario un prestigio que resulta incomprensible desde nuestros días, y el ápice de esa atracción corresponderá cronológicamente al período 1920-1930. Es que los primeros treinta años de nuestra centuria corresponden al período de mayor optimismo jamás vivido por la Argentina en su corta vida histórica.

A pesar de los vaivenes políticos y de ciertas menudas o grandes dificultades, un conjunto de notas que hoy podemos definir con claridad, permitieron una relación del público con los escritores, que después de la crisis de 1930 sufren un cambio notable, y pueden ser detectadas hasta en las vidas personales de esos escritores.

El clima general era de auténtico optimismo frente al futuro, de confianza casi acrítica en la solidez de las instituciones, en la estabilidad y el progreso económico, en la transformación evolutiva y perfeccionada de nuestra sociedad, en la vigencia

real de los ideales del siglo XIX y estaba acompañada de una gran fe en los dirigentes políticos, en el país y en la educación. Esta suma de aspectos se manifestaba también en la consideración del intelectual y de los críticos. Como resultado de la fe que la clase media concede al especialista, al conocimiento técnico y humanístico, la actitud de los lectores frente al crítico era esperar de él un juicio positivo o negativo para acatar como valor auténtico o no, a un escritor o a un libro. Ello dará origen a lo que hemos denominado crítica *dogmática* o *magistral*, tan bien encarnada en dos hombres cuyas vidas ocupan los primeros cuarenta años de nuestra centuria: Paul Groussac (1848-1929) y Leopoldo Lugones (1874-1938). El primero fue hasta su muerte el juez por excelencia en cuestiones literarias. Compartida en vida, y durante casi una década después, esa calidad de juez indiscutido será ocupada por Lugones, quien representa el último ejemplo de esa crítica que más que analizar, explicar o comprender en profundidad una obra literaria, dictaba desde su alta tribuna el juicio que daba el espadarazo a un libro o a un autor nuevo, y lo señalaba a la curiosidad del público como digno de ser leído o estimado.

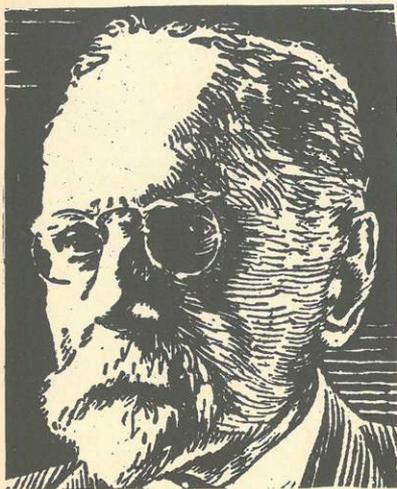
Groussac "lanza" a Larreta; Lugones, en artículos publicados en *La Nación* y otros diarios llamará la atención sobre las calidades de Enrique Banchs (1888), Ezequiel Martínez Estrada (1895-1964), José Pedroni (1899-1968). En sus famosas conferencias sobre el *Martín Fierro*, editadas bajo el título de *El payador* (1916), Lugones no analiza el poema de Hernández; se limita a buscarle prestigiosos antecedentes en la epopeya, y a elogiarlo a partir de las notas del arte clásico: verdad, belleza. Lo que Carloni y Folluch han denominado "crítica dogmática o ab-solutista".



Dibujo aparecido en *Caras y Caretas* el 7-5-1915



Postura del N.º 254 del semanario PBT (2-10-1909)



Paul Groussac



Caricatura de Leopoldo Lugones, aparecida en Caras y Caretas, el 7-10-1899

Ricardo Rojas y el historicismo nacionalista. — Coincidentemente con la posición ideológica que ya ha sido estudiada en sus ensayos, en los que Ricardo Rojas (1882-1957) y Manuel Gálvez (1882-1962) encarnaron una prédica nacionalista de oposición al europeísmo internacional típico del 80, afirmaron desde comienzos de este siglo una actitud que buscó en la historia los elementos característicos de lo argentino. Es así como Rojas incita al análisis sistemático-histórico de los textos literarios argentinos, y dedica su vida al estudio de nuestra historia cultural. Ese clima histórico explica la fundación de la primera cátedra universitaria dedicada específicamente al estudio y la enseñanza de nuestra literatura (1912), el primer Instituto de Investigaciones Literarias Nacionales.

El fruto más visible de la obra de Rojas, además de sus grandes biografías, los numerosos textos editados a través del Instituto con prólogos propios o de sus colaboradores, y los volúmenes de memorias y de crítica sobre letras españolas, ha sido *La literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata* (1917-1922), cuatro grandes tomos reeditados sin variaciones. La obra, dividida en cuatro apartados: "Los gauchescos", "Los coloniales", "Los proscritos" y "Los modernos", está forjada sobre el historicismo de la segunda mitad del siglo XIX. Y en las contadas manifestaciones teóricas es visible el influjo del Taine (1828-1893) que prologó la *Historia de la literatura inglesa*. La introducción del primer tomo acota que "la literatura argentina (será vista) como una función de la sociedad argentina"; porque Rojas consideraba que una literatura expresa la "conciencia colectiva de un pueblo". Esta visión histórico-documental de lo literario la sintetiza Rojas así: "Una literatura nacional es fruto de inteligencias individuales, pero éstas son actividades de la conciencia colectiva de un pue-

LEOPOLDO LUGONES

EL PAYADOR

TOMO PRIMERO

HIJO DE LA PAMPA

BUENOS AIRES
OTERO & C^{IA} - IMPRESORES
Calle Perú, 816-18
1916

Portada del primer tomo de
El payador, de Lugones

blo, cuyos órganos son el territorio, la raza, el idioma, la tradición. La tónica resultante de esos cuatro elementos se traduce en un modo de comprender, de sentir y de practicar la vida, o sea en el alma de la nación, cuyo documento es la literatura”.

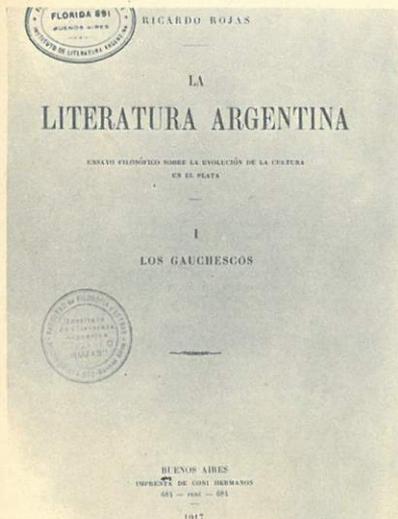
Como se ve, Rojas afirma, además de los “factores” de Taine (la raza, el medio, el momento), la existencia de una idea que él llamó *argentinidad*, la cual se va realizando a medida que avanza nuestra literatura: “Pertenece, pues, a la literatura argentina, todas las obras literarias que han nacido de ese núcleo de fuerzas que constituyen la argentinidad, o que han servido para vigorizar este núcleo”.

Es así como Rojas considera a la literatura expresión de la nacionalidad que va revelándose a sí misma.

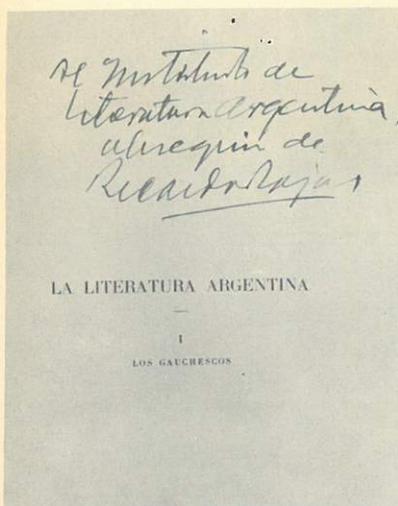
La obra representó un avance considerable frente a todo lo anterior tanto por la suma de materiales nuevos que analizaba y ordenaba, como por numerosos juicios particulares sobre autores y obras que, todavía hoy siguen teniendo vigencia. Constituyó además la primera auténtica historia de la cultura argentina, pues Rojas, con un criterio muy del siglo pasado, incluyó en ella numerosos materiales que hoy no podrían incluirse bajo el rótulo de “literatura”, pero que permitieron al crítico caracterizar cada una de las épocas por él evocadas y dar a los lectores el trasfondo cultural en el cual habían nacido y vivido las producciones específicamente poéticas. El tiempo, cruel con las obras históricas, ha modificado y corregido numerosos errores de erudición y de juicio que aparecían en el libro. Pero hasta examinar lo que se había hecho en la materia hasta el momento en que Rojas escribe su *Historia* para tener una idea aproximada de la labor que Rojas realizó al escribirla. Con ella se inicia en el siglo XX la visión total de nuestras letras, y a ella deberá acudir como a indispensable fuente.



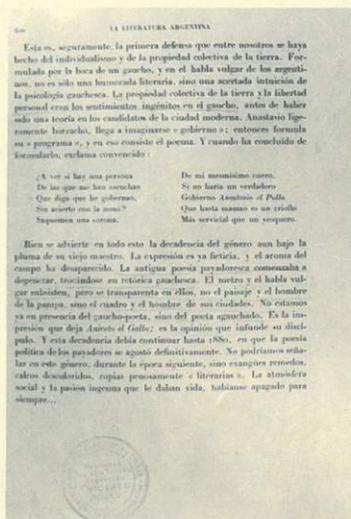
Caricatura de Ricardo Rojas por Cao, en *Caras y Caretas*, el 17-6-1916.



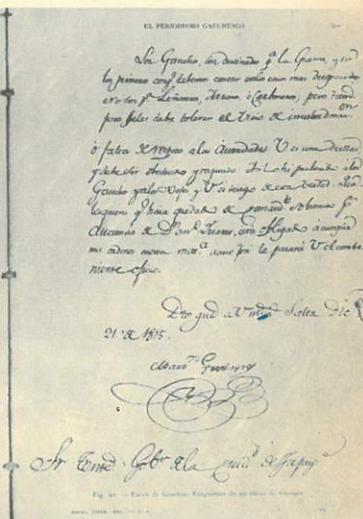
Portada del primer tomo (primera edición) de La literatura argentina de Rojas



Primera página del tomo inicial de La literatura argentina de Rojas, con una dedicatoria del autor



Páginas de la primera edición del tomo inicial de la Historia, de Rojas



de consulta todo aquel que quiera estudiar seriamente cualquiera de los temas tocados por Rojas.

Otros críticos del período. —

Dentro de este clima de optimismo novecentista debemos colocar la obra de Roberto F. Giusti (1887), Carmelo M. Bonet (1886), Alvaro Melián Lafinur (1889-1958), Angel Acuña (1885-1956), Jorge Max Rhode (1892), Ricardo Sáenz Hayes (1888), Julio Noé (1893) y Antonio Aíta (1891).

Roberto Giusti debe de ser hoy el decano de los críticos argentinos, pues su primer libro, *Nuestros poetas jóvenes*, de 1911, que intentaba un panorama desde Guido y Spano al *Lunario sentimental* de Lugones, se adelanta a la obra de Rojas. Además de incansable animador de *Nosotros*, Giusti, socialista liberal, hombre de pluma ágil y presta a la polémica, ha realizado una enorme labor crítica dedicada especialmente a las letras argentinas. Alentó siempre con generosidad a los escritores noveles y su obra constituye una verdadera crónica, animada, ágil, llena de juicios ecuánimes y casi siempre ciertos, de todo un período de nuestra historia literaria. Además de numerosos artículos, escribió los cuatro tomos de *Crítica y polémica* (1917, 1924, 1930 y 1939), *El drama rural argentino* (1938), *Momentos y aspectos de la cultura argentina* (1954), *Poetas de América* (1956). Buen conocedor de las literaturas francesa e italiana, especialmente del siglo XIX, y de sus críticos, cuya actitud compartió durante toda su vida, Giusti, fiel a estos principios, trató de unir un juicio mesurado a su fina capacidad de análisis, enfocando siempre las obras dentro del entorno histórico en que nacieron.

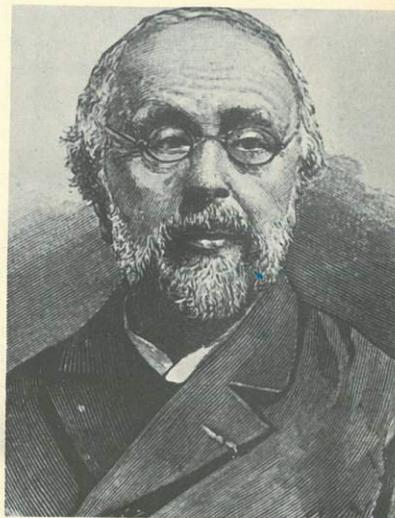
Rhode publicó entre 1921 y 1926 los cuatro volúmenes de *Las ideas estéticas en la literatura argentina*, dedicados respectivamente a la poesía, el teatro, la novela y la crítica. Obra fatigosa e impostada, da mucho

menos de lo que promete el título. Aíta y Lafinur han dejado obras informativas o de ensayo, y Julio Noé compuso y prologó una de las mejores antologías realizadas en el país: *Antología de la poesía argentina moderna* (2ª edición 1931), que abarcaba de 1896 a 1930. El libro de Noé, a pesar del tiempo transcurrido, no ha sido superado. Tal vez su única tacha fue ignorar sistemáticamente (como lo denunció Borges en *Proa*, nº 15) a las promociones de vanguardia.

Giménez Pastor (1872-1949) publicó algunos volúmenes de crítica: *Los poetas de la revolución* (1917), *El romanticismo bajo la tiranía* (1922), *Figuras a la distancia* (1940); su nombre se recuerda por su *Historia de la literatura argentina*, 2 volúmenes (1948), libro escrito con una prosa finisecular que da un panorama informativo de nuestra literatura desde la Colonia hasta la década del 40, con criterio didáctico pero sin avanzar sobre lo anterior ni en nuevos métodos ni en el rigor del examen de los materiales.

Rafael Alberto Arrieta (1889) enseñó ya desde 1912 en La Plata y a su empeño debemos que Martínez Estrada dictara cátedra en el Colegio Nacional de esa Universidad, y que Henríquez Ureña viniera a nuestro país. Poeta y crítico, se dedicó durante largos años a las letras inglesas, sobre las cuales dejó algunos volúmenes. Enamorado de los libros, escribió varios sobre ellos: *Bibliópolis: impresos, lectores, bibliófilos* (1933), *La ciudad y los libros* (1935) y una ejemplar investigación histórica: *Don Gregorio Beeche y los bibliófilos americanos de Chile y del Plata* (1941).

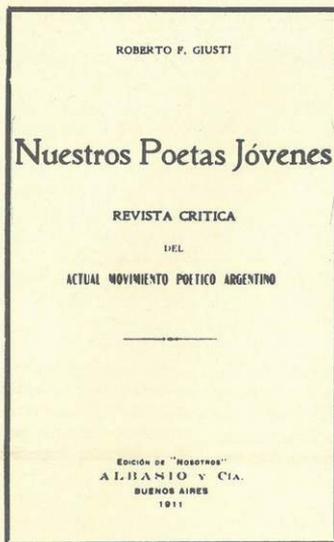
Es autor de los estudios críticos *Dickens y Sarmiento* (1928), *Florencio Balcarce* (1939), y realizó ediciones críticas de Mármol (1946 y 1947); publicó además un rico panorama de nuestras letras, en el que la elegancia de la forma oculta una sólida erudición de primera mano: *La lite-*



Hipólito Taine



Roberto F. Giusti



Portada de la primera edición de *Nuestros poetas jóvenes*, de Giusti

ratura argentina y sus vínculos con España (1948). Las contribuciones de Arrieta están referidas casi siempre al siglo XIX y es uno de los mejores recreadores de ambientes y épocas de nuestra literatura. Dirigió y organizó la primera historia colectiva de nuestras letras (1958-1960), en seis volúmenes, que será tratada en lugar aparte.

Arturo Marasso (1890), poeta y crítico, encarna en nuestro país el estudioso que ve la obra literaria como la quintaesencia de resonancias artísticas, como el fin de un complejo proceso cultural. Marasso posee de la creación poética una visión clásica, que mucho concede al oficio y a la sabiduría de una antigua tradición renovada por el escritor. Por eso, con erudición asombrosa, se ha dedicado al rastreo de fuentes, influencias, temas, reminiscencias formales. Esto puede comprobarse en sus libros mayores: *Estudios literarios* (1920), *El verso alejandrino* (1923), *Rubén Darío y su creación poética* (1934), *Cervantes y Virgilio* (1937), *El pensamiento secreto de Mallarmé* (1948).

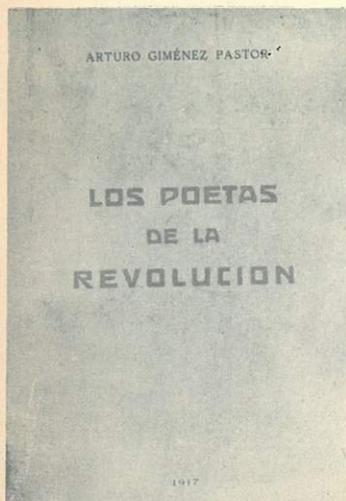
José A. Oría (1896), catedrático de literatura francesa y española, escribió algunos estudios que debieran reunirse en un volumen: prólogo a *La Moda de Alberdi* (1938); *Alberdi: "Figarillo", contribución al estudio de la influencia de Larra en el Río de la Plata* (1936); *La polémica de M. Pelayo y Groussac sobre el Quijote de Avellaneda* (1934), etc.

Situación del escritor: 1930-1950.

La experiencia que vive el país hacia 1930, en la que a la crisis económica se suma el golpe de estado y el derribo de los ideales del liberalismo burgués, se reflejará también en la situación y prestigio de la literatura y sus autores. Esos hechos producen un desconcierto generalizado en las capas cultas de la clase media y en los escritores y críticos nacidos de ella. La desaparición del optimismo anterior dará lugar a un impreciso



Arturo Giménez Pastor



Portada de la primera edición de Los poetas de la Revolución, de Giménez Pastor

proceso que, moldeado sobre la pérdida de la libertad popular que había vivido el país hasta ese momento, originará la desconfianza hacia el intelectual y un clima opresivamente difícil para el escritor y las tareas intelectuales. Es a partir de esos años cuando se suicidan numerosos escritores argentinos (Lugones, Quiroga, A. Storni, E. Méndez Calzada, Enrique Loncán, Edmundo Montagne); otros se callan para siempre, como Banchs; alguno se destierra voluntariamente (Samuel Glusberg), y se produce el comienzo del auge de la literatura fantástica (literatura de evasión), que dura hasta hoy en nuestras letras. Otros, como Roberto Arlt (1900-1942), harán estallar el mundo en una visión apocalíptica que en última instancia refleja en la narrativa la misma concepción desesperanzada de la realidad nacional que el ensayismo presentará a través de Martínez Estrada y sus discípulos.

La literatura deja de provocar el interés que hasta ese momento había despertado, y que se había puesto de manifiesto, por ejemplo, en los 20.000 ejemplares de tirada de la revista *Martín Fierro*, o en el éxito de los ciclos de conferencias de Lugones. Todos los valores están en crisis, y la función rectora ejercida por algunas figuras, como pasó con Groussac o Lugones, no tendrá sucesores. Se rompe así un esquema y termina una etapa. La labor de los críticos más destacados no logrará ya aquel relativo consenso público rodeado de un halo de prestigio. Es que los tiempos han cambiado, y un período de públicos dispersos, escindidos, separados, sustituirá al anterior, constituido por un público relativamente homogéneo, agrupado en torno de las élites tradicionales, cuyas normas aceptaba con actitud discipular.

Los críticos de los años treinta: Soto y los libelistas. — Luis E. Soto (1902), perteneció a la generación



Rafael Alberto Arrieta

RAFAEL ALBERTO ARRIETA
DE LA ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

LA
LITERATURA ARGENTINA
Y SUS VÍNCULOS
CON ESPAÑA

COLECCIÓN ARGIROPOLIS
LIBRERÍA Y EDITORIAL
"URUGUAY"

Portada de la primera edición de una
obra crítica de Arrieta

martinfierrista y, dentro de ella, fue su crítico por excelencia. Colaboró en numerosas revistas y diarios y algunos de sus mejores trabajos se reunieron en su único libro: *Crítica y estimación* (1938). Allí estudió con comprensión todavía vigente la obra de sus compañeros de grupo: Mallea, Martínez Estrada, Canal Feijóo. Y agregó dos semblanzas, de Sarmiento y Lugones. Frente a la crítica erudita, histórica o de contenidos practicada hasta entonces, y cuyo representante más conspicuo seguiría siendo Giusti (excepción hecha de Rojas, cuya obra parecía ya completa), Soto reclamó otra comprensiva que, adaptándose al escritor estudiado, supiera penetrar su mundo con simpatía y juicios valorativos justos. Su mejor trabajo es quizá el extenso capítulo sobre "El cuento en el siglo XX", que escribió para la historia dirigida por Arrieta (vol. IV, 1959). No pudo sin embargo moverse cómodamente en el país y emigró al fin a Estados Unidos, donde desempeña en la actualidad la cátedra de literatura hispanoamericana en la Universidad de Michigan.

Otra manifestación de esa década es el libelo literario, en el que ya con estilo zumbón o con argumentos exclusivamente ideológicos, se destruye o se analiza negativamente la obra de numerosos escritores argentinos. Soto comenzó su carrera con un folleto de ese tipo: *Zogoibi, novela humorística* (1927). Otro destacado libelista del período que colaboró en *Claridad* fue Ramón Doll (1900), quien en 1931 sostuvo una agria polémica con Soto. Doll escribió *Crítica* (1930), *Ensayos y crítica* (1929), *Reconocimiento* (1932), *Política intelectual* (1933). Típicamente de derecha es Ignacio B. Anzoátegui (1905), autor de *Vidas de muertos* (1934), *De tumbo en tumba* (1965), etcétera.

La crítica universitaria. —
La crítica ahora se enriquece y am-



Arturo Marasso

plía, se refugia sobre todo en las universidades y en ciertos libros, y a cambio de perder la posibilidad más o menos remota de influir sobre el público, mejorará su rigor y tenderá a eludir el estudio de los escritores contemporáneos. Hasta este momento los estudios críticos habían seguido los esquemas historicistas decimonónicos, o habían caído en una actitud impresionista o dogmática. Pero habían dejado de lado (con muy pocas excepciones) el examen objetivo, directo y cuidadoso de los textos mismos. En esta renovación, desde la Universidad, influirá Ricardo Rojas quien, en su Instituto de Literatura Argentina, formará un conjunto valioso de discípulos que continuarán su visión histórico-documental. La otra gran obra de Rojas fue impulsar desde su cargo de Decano la creación, en 1923, del Instituto de Filología dependiente de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires. Consciente de la necesidad de mejorar el nivel de nuestros métodos críticos con la ayuda de maestros europeos, invitó a los profesores españoles Manuel de Montoliú, Américo Castro y Amado Alonso a dirigirlo. El último daría nivel internacional al prestigio del Instituto, y junto a maestros de la talla del dominicano Pedro Henríquez Ureña, que allí laboró muchos años, dejarían un grupo de brillantes especialistas en crítica literaria, filología, lingüística y estudios hispanoamericanos.

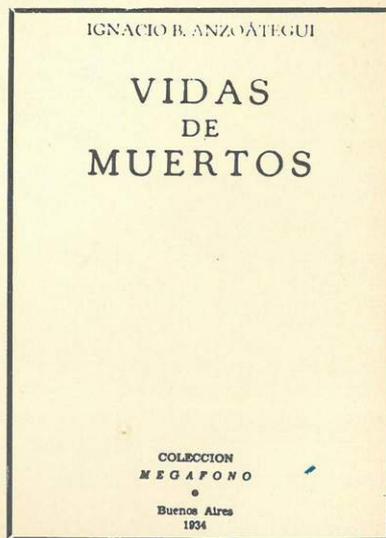
La llegada de Pedro Henríquez Ureña (1884-1946) a la Argentina, en 1924, fue un acontecimiento providencial para la historia de nuestra cultura y de nuestra crítica. Formado rigurosamente en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, dirigido por Ramón Menéndez Pidal (donde también se formó Amado Alonso), en muy poco tiempo llegó a ser la figura más descolante de la crítica literaria hispanoamericana. Su magisterio fue comparable solamente al de



Luis Emilio Soto

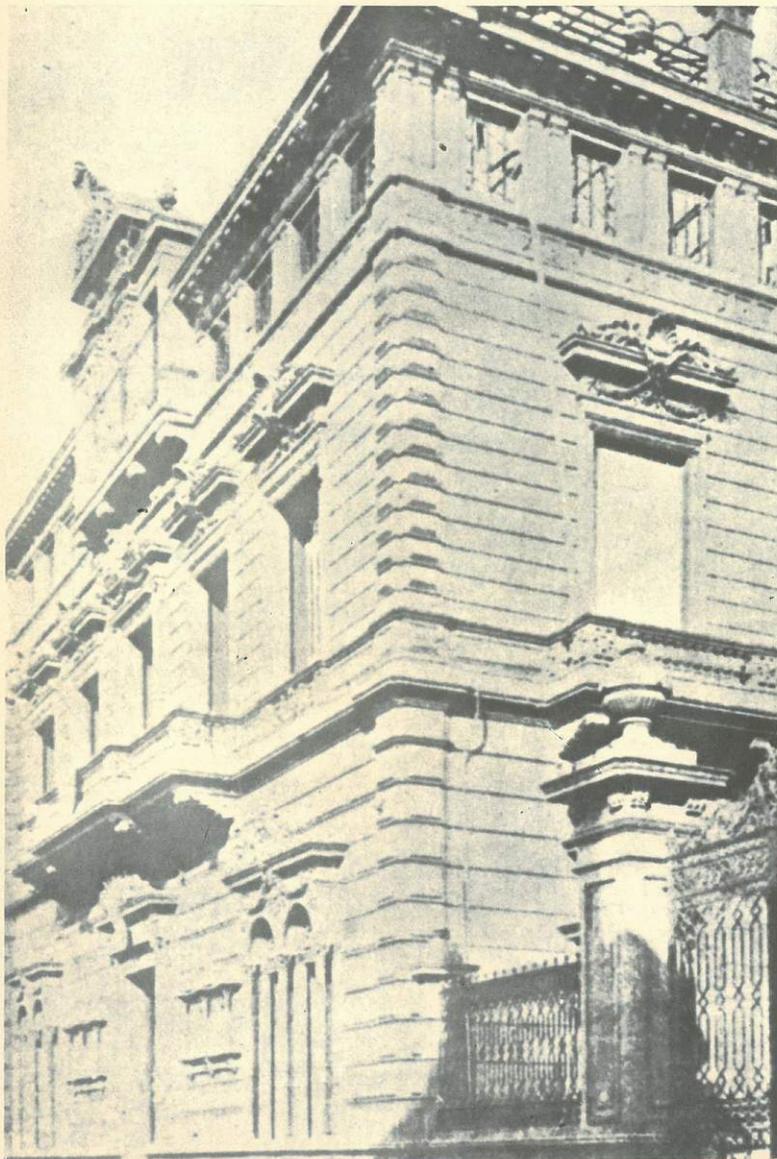


Ramón Doll



Portada de la primera edición de Vidas de muertos, de Anzoátegui

Desde la dirección del primer Instituto de Investigaciones Literarias Nacionales, y a través de las páginas de su Literatura Argentina, Ricardo Rojas inicia la visión totalizadora de nuestras letras, y las integra en el conjunto de nuestra cultura y de nuestra vida social.



La Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires hacia 1920

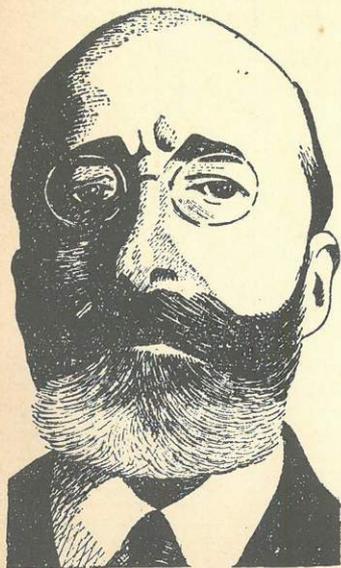
Bello en el siglo XIX, y pocos como él dominaron mejor la historia cultural de nuestro continente, desde la literatura hasta la música popular y las artes plásticas. De 1928 son sus *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, pero dos de sus obras bastan para dar idea de su rigor histórico y de su penetración crítica: *Las corrientes literarias en la América Hispánica* (1945) y la *Historia de la cultura en la América Hispana* (1947).

Todo lo supo referido a su América, que sentía como una gran patria; a ella dedicó los esfuerzos de una inteligencia organizada que sumaba una erudición amplísima y una admirable capacidad de síntesis. Pero por encima de su obra erudita (sobre métrica irregular, sobre el verso puro, sobre orígenes del teatro, sobre Alarcón) dejó entre nosotros el semillero invaluable de su magisterio, y algunos discípulos de su talla.

En 1927 Amado Alonso (1896-1952) se hizo cargo del Instituto, que dirigió hasta 1946. La crítica argentina e hispánica le debe, entre muchas otras cosas, la introducción en la Argentina de la Estilística, con su colección de "Estudios Estilísticos", que realizó junto con Raimundo Lida (1908). Se editaron allí obras clásicas: *Introducción a la estilística romance* (1932), de Vossler, *El impresionismo en el lenguaje* (1936), de Bally, y los tomos fundamentales de la escuela de estos autores. Preocupado por la puesta al día de los conocimientos lingüísticos, tradujo el *Curso de lingüística general* de de Saussure (1945), y lo prologó con el último y más valioso de sus estudios teóricos. Porque Alonso, que poseía una sólida preparación técnica en lingüística, sumaba a ella una fina sensibilidad literaria, y a diferencia del especialista enclaustrado en su disciplina tuvo una visión total de los fenómenos estéticos y comunicativos de la lengua. Por eso, lingüística y filología eran para Alonso dos disciplinas que tocaban —en el fon-



Pedro Henríquez Ureña



Ramón Menéndez Pidal

do— dos realidades fuertemente relacionadas: la lengua y el habla. O sea, la gramática y la estilística.

En el estudio de los estilos individuales contribuyó con análisis admirables a la comprensión de la prosa de Groussac (1929), de la composición de *Don Segundo Sombra* (1930), del estilo de Borges (1933, 1934, 1946), o del modernismo en Larreta (1942).

Dejó además una introducción excelente a la poesía contemporánea en *Poesía y estilo de Pablo Neruda* (1940). Pero también escribió análisis fundamentales en gramática, fonología y fonética histórica; fundó la primera serie de estudios científicos sobre lingüística hispanoamericana (la Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, que realizó junto con Angel Rosenblat y A. Espinosa), y escribió un libro importante sobre *El problema de la lengua en América* (1935). De su colaboración con Henríquez Ureña nació la reeditada *Gramática castellana* (1938-1939), que en su tiempo significó un avance revolucionario en la enseñanza del idioma en la Argentina y en América.

Casi todos los hombres que allí se formaron constituyen hoy una rica pléyade de figuras indiscutidas en sus respectivas especialidades: Angel J. Battistessa, Eleuterio Tiscornia, Raimundo Lida, Enrique Anderson Imbert, María Rosa Lida de Malkiel, Emilio Carilla, Raúl H. Castagnino. En el Instituto de Ricardo Rojas trabajaron Ismael Moya (1900), Antonio Pagés Larraya (1918), Guillermo Ara (1917), Augusto Raúl Cortazar (1910).

Angel Battistessa (1902), humanista formado en casi todas las letras europeas con maestros como Farinelli, Vossler y Croce, comenzó colaborando en ediciones críticas de textos medievales; su obra escrita —difundida en numerosos artículos, libros y traducciones comentadas— es apenas mínimo trasunto de la rica labor originalísima entregada por Battistessa en sus numerosos cursos universita-

Las Corrientes Literarias en la América Hispánica

por
PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA



FONDO DE CULTURA ECONOMICA
México - Buenos Aires

Portada de Las corrientes literarias
en la América Hispánica

La crítica en diarios, periódicos y revistas

Desde comienzos de este siglo, gran parte de la actividad crítica sobre nuestras letras se ejerció y se ejerce (como en la centuria anterior) en las páginas circunstanciales y periodísticas de los suplementos literarios de los grandes diarios: La Prensa, La Nación (más decididamente interesada en el prestigio de lo literario), La Capital de Rosario, y hasta en algunos diarios como La Gaceta de Tucumán, que en la última década ha publicado la página más polémica, abierta y ágil de todo el país. Esa actividad crítica, que bordea generalmente lo efímero aunque a veces anticipa puntos de vista hoy todavía vigentes, constituyó el órgano informativo, el canal de conocimientos más amplio e inmediato entre los libros nuevos y los lectores medios. Junto a la gacetilla informativa, intrascendente y anónima casi siempre, se han publicado y se publican estudios más o menos extensos que tocan a obras recientes, o auscultan autores, movimientos y obras del pasado.

Pero donde puede seguirse con cierto detenimiento la labor de los críticos argentinos de este siglo, es en algunas revistas que por su extensa vida o por la coherencia ideológica de sus colaboradores, fueron la expresión más visible de ciertas generaciones, con ideas heterodoxas frente a las obras del pasado (como ocurrió con Contorno), o con métodos nuevos en los enfoques críticos. A través de ellas se manifestaron las ideas, las escuelas y las valoraciones de algunos críticos

que eran los portavoces de su grupo, o de sí mismos. Entre las más importantes, por su persistencia, por expresar nuevos puntos de vista, o por su consistencia de ideas, pueden citarse a las siguientes:

Ideas (1903-1905): Manuel Gálvez, R. Olivera, Ricardo Rojas, Juan P. Echagüe, Alberto Gerchunoff, Emilio Becher, Atilio J. Chiappori, etc.

Nosotros (1907-1934 y 1936-1943; en total 390 números), la más importante de las revistas literarias argentinas en las primeras cuatro décadas de este siglo. Directores: Roberto F. Giusti y Alfredo A. Bianchi. Colaboraron en ella casi todos los escritores y críticos argentinos de su época. Revista abierta, liberal, presta al diálogo y a la polémica, constituye hoy uno de los más ricos reservorios de la historia de nuestra cultura. Nació, según Bianchi, "bajo el signo de Rubén Darío", y aunque llegó a publicar en 1921 el primer manifiesto "ultraísta" de Borges, expresó, junto con la anterior, las ideas de la generación del Centenario. Crítica historicista con ribetes impresionistas.

Martín Fierro (1919 y 1924-1927). Director: Evar Méndez. Expresó, en general, las ideas vanguardistas del grupo "Florida". Escribieron en ella J. L. Borges, O. Gironde, E. Palacio, Pettoruti, R. Mariani, R. González Tuñón, etc. Otra revista que expresó sus puntos de vista fue Proa (1922-1923 y 1924-1926).

Los pensadores (1922-1924 y 1924-1926). Director: Antonio Zamora. Expresó las ideas del grupo Boedo, defendió las ideas de izquierda, el realismo pietista y manejó una crítica más ideológica que estética. Continuada por Claridad, con el mismo director (1926-1941).



En una reunión de la revista *Los pensadores*: Bunge, Aita, Amaló Alonso, etc.



Grupo de la revista *Los pensadores*: Ocampo, A. Muñoz, etc.



Nosotros, rodean a sus directores, Bianchi y Giusti, diversos colaboradores: Ravignani, Reissig, Ferrara, Korn, Colmo, Monner Sans y Canter



o del consejo de redacción de Sur al cumplirse treinta años de la fundación revista (1962). De pie: Enrique Pezzoni, Eduardo González Lanuza, Silvina po, Alberto Girri, Adolfo Bioy Casares, Victoria Ocampo, Alicia Jurado y H. urena. Sentados: segundo de la izquierda, Guillermo de Torre, Carlos Alberto Jorge Luis Borges y Eduardo Mallea

Escribieron: E. Castelnuovo, L. Barletta, L. Stanchina, J. Ingenieros, J. A. Solari, C. Tiempo, L. E. Soto, R. Arlt, C. Mastronardi.

Sur (1913- en publicación). Directora: Victoria Ocampo. Han colaborado en ella casi todos los escritores importantes desde su fundación hasta hoy. Encarna y encarnó una postura europeísta y liberal, con ribetes esteticistas, típica de la generación de Florida.

Canto (1940), reunió los poemas de la generación del 40, neorromántica, generación cumulativa de la de Martín Fierro. Otras del mismo grupo fueron Fontefrida (1941-1943), Huella (1941), Verde Memoria (1942-1944). Algunos de sus poetas se dedicaron después de la crítica y a la creación: Daniel Devoto, Luis S. Cañas, César Fernández Moreno, Alfonso Sola González.

Poesía Buenos Aires (1950-1960). Directores: J. E. Móbili y R. G. Aguirre. Junto con otras, expresó los nuevos puntos de vista de poetas y pensadores sobre la poesía, y poseyó algunos críticos sagaces: Edgar Bayley, R. G. Aguirre. Ideológicamente, en ciertos aspectos continuaron la prédica de Arturo, y en otros se acercan a la postura sostenida por Contorno.

Contorno (1953-1959). Directores: David e Ismael Viñas. Fue precedida por Centro (1948-1960), en la cual se iniciaron muchos de sus colaboradores: Adolfo Prieto, Noé Jitrik, Ismael Viñas, David Viñas, J. J. Sebrelí, etc. Totalidad del escribir, responsabilidad de la literatura. Crítica ideológica, intentando siempre unir los textos con la realidad histórico-política. Antimistificación, revisionismo, marxismo.



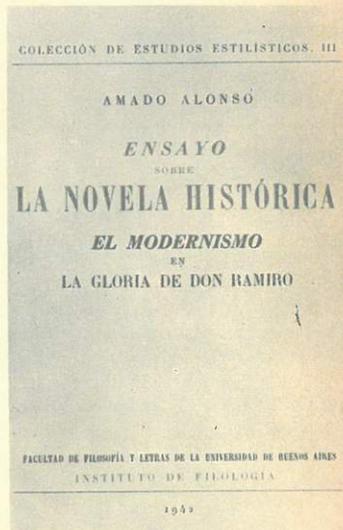
Amado Alonso en 1942

rios. Además de sus volúmenes sobre letras españolas, francesas, alemanas e italianas (está por editarse su creadora versión de la *Divina Comedia* en verso), ha dejado estudios admirables sobre *Fausto* (1949), *Martín Fierro* (1958), y *Echeverría* (1956), que editó además críticamente. Ha colaborado en la historia dirigida por Arrieta con un renovador estudio sobre Hernández. Una muestra de sus intereses universales puede verse en su valioso *El poeta en su poema* (1965). Otro crítico formado en la estilística es José M. Monner Sans (1896), que además de sus útiles libros sobre teatro escribió *Julián del Casal y el modernismo hispanoamericano* (México, 1952).

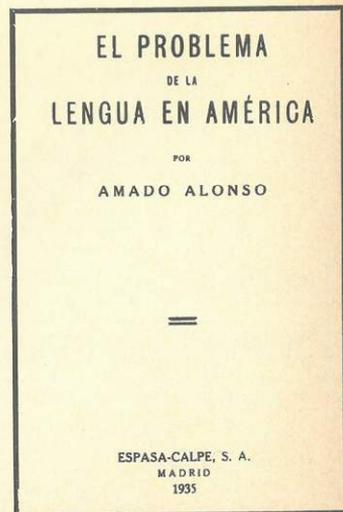
Eleuterio Tiscornia (1879-1945) es el autor de una monumental edición de *Martín Fierro* (1925) seguida de un estudio total de la lengua del poema (1930). Contribuyó además con una edición rigurosa de poetas gauchescos (1940), la *Vida y obra de Andrade* (1943), y ese mismo año estudió los orígenes de la poesía gauchesca.

Investigadores y eruditos. — Lugar de honor merece la obra enorme y solidísima de María Rosa Lida (1910-1962), la primera gran filóloga que ha contado Hispanoamérica. Iniciada en las letras clásicas, sobre las que dejó una valiosa *Introducción al teatro de Sófocles* (1944), además de traducciones de Herodoto (1944), muy pronto se inclinó por las letras medievales españolas, que serían el campo de trabajo de toda su vida. Tres obras le atraieron y sobre ellas dejó estudios insuperados en calidad, erudición y finura analítica: *El Libro de Buen Amor* (1939 y 1959), *Juan de Mena* (1950) y *La Celestina* (1962). También estudió el cuento popular hispanoamericano (1939) y las fuentes de Borges (*Sur*, nº 213-14).

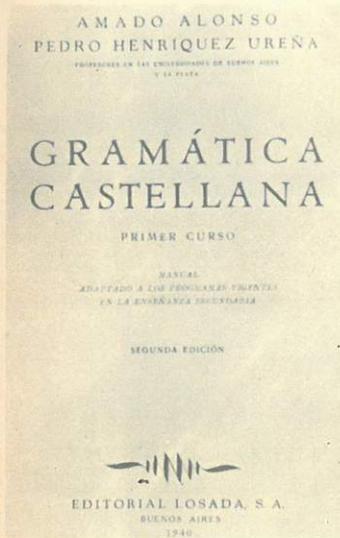
Emilio Carilla (1914) se formó junto a Henríquez Ureña y durante 25 años ha realizado una obra crítico-



Portada de uno de los libros críticos de Amado Alonso

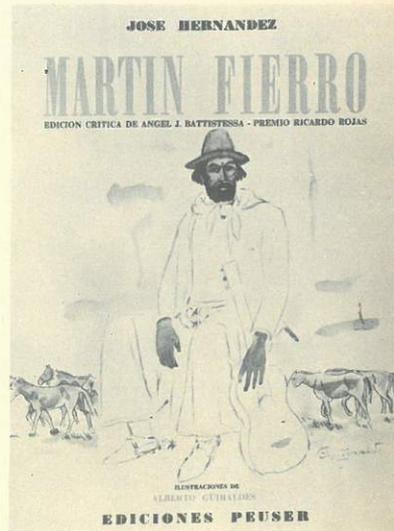


Portada de El problema de la lengua en América, de Amado Alonso

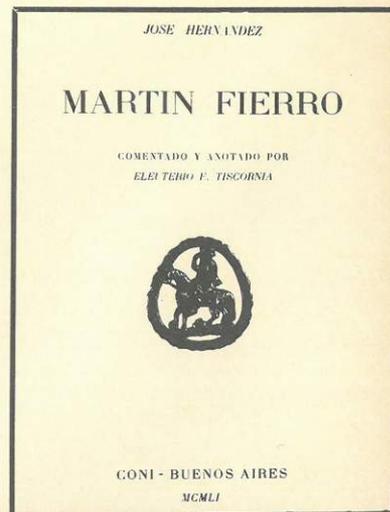


Portada de la segunda edición de la Gramática castellana de Alonso y Henríquez Ureña

erudita asombrosa por su amplitud y solidez informativa. Comenzó en 1943 estudiando un poema colonial, para especializarse muy pronto en letras hispanoamericanas y argentinas. Ha escrito estudios sobre Borges, Lugones, Fernández Moreno, Almafuerte, Hernández, Mármol, Gutiérrez. Varios volúmenes recogen una mínima parte de esos trabajos: *Estudios de literatura argentina, siglo XIX* (1966) y, con el mismo título, *siglo XX* (1961). De 1955 es su estudio sobre el *Facundo* ampliado después en un volumen; en 1954 editó un útil *Esquema generacional de la literatura argentina*, que sería conveniente actualizar en una segunda edición. Sobre las letras hispanoamericanas ha publicado *El romanticismo en la América Hispánica* (1958), reeditado en dos volúmenes; *El gongorismo en América* (1946), *La literatura de la independencia* (1964) y el primer volumen escrito en el mundo sobre Jaime Freyre (1962). Últimamente: *Una etapa decisiva de Darío. Darío en la Argentina* (1967). Erudición cernida y siempre renovada, enfoque biográfico-histórico y una atenta consideración de los factores de época, son algunas de las características de su enorme obra crítica en crecimiento constante. Ha dedicado libros a las letras españolas: *Quevedo* (1949), y *Estudios de literatura española* (1958). Discípulo de Rojas, Antonio Pagés Larraya (1918), ha continuado su orientación historicista y documental. Esto puede verse en sus libros *La iniciación intelectual de Mitre* y *El poeta Antonino Lamberti* (ambos de 1943). Una enorme labor dispersa en diarios y revistas de todo el continente, revela que la zona más trabajada por Pagés Larraya ha sido la historia de la narrativa argentina, y ciertos períodos como el de fines de siglo (tal una serie de artículos aparecidos en *La Nación*, por ejemplo). Sobre la narrativa ha dejado



Portada de la edición crítica del Martín Fierro por Angel J. Battistessa



Portada de la edición crítica del Martín Fierro por E. F. Tiscornia

Una notable promoción de crítica universitaria se organiza en torno del Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, dirigido por Amado Alonso. Se destacan en este grupo María Rosa Lida de Malkiel, Raimundo Lida, Enrique Anderson Imbert, Emilio Carilla.



María Rosa Lida de Malkiel



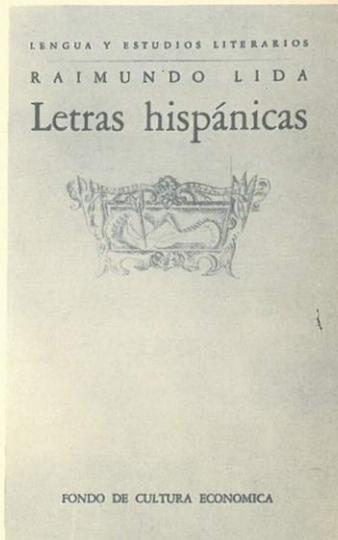
Antonio Pagés Larraya

algunos prólogos fundamentales, como el de *Cuentos de nuestra tierra* (1952), el de los *Cuentos fantásticos* de Holmberg (1957). Una larga búsqueda en archivos y revistas olvidadas dan a sus trabajos solidez histórica de investigador. Su última colección de estudios puede verse en *Sala Groussac* (1965).

Críticos e investigadores. —

Raimundo Lida (1908) se formó junto a Amado Alonso, y su obra, además de una sólida erudición, da muestras de una finísima captación de los matices estilísticos. Pocos críticos argentinos deben poseer hoy su amplísima formación cultural, que suma, a lo específicamente literario, el dominio de la filosofía y la lingüística. Ha estudiado la técnica del relato en Larreta (1936), los cuentos de Darío, en un análisis ejemplar (1950), las cartas de Quevedo, Mansilla, los cuentos de Borges.

Enrique Anderson Imbert (1910), cuentista fantástico, es otro de los grandes discípulos dejados por Henríquez Ureña. Ensayista, crítico literario y teórico de la literatura, ha escrito estudios notables sobre la obra de algunos autores: *Tres novelas de Payró* (Tucumán, 1942), *El arte de la prosa en J. Montalvo* (México, 1948), y ensayos críticos como *Ensayos* (1946), *Estudios sobre escritores de América* (1954), *Crítica interna* (1960), *La originalidad de Rubén Darío* (1968). Más que por la pura investigación, Anderson Imbert se ha preocupado por los aspectos estéticos y estilísticos de los autores analizados, de los cuales siempre da una interpretación rigurosa que une a un hondo sentido histórico el prolijo y cuidadoso examen textual. Una muestra de su visión histórica puede verse en su famosa *Historia de la literatura hispanoamericana* (1954, 1957 y 1959). Preocupado por los problemas teóricos de la crítica literaria escribió *La crítica literaria contemporánea* (1957) y *Qué es la prosa* (1963), Actual-



Portada de *Letras hispánicas*, de Raimundo Lida

mente es profesor catedrático de la Universidad de Harvard, EE.UU.

Raúl H. Castagnino (1914) ha escrito más de treinta volúmenes centrados en dos temas básicos: el teatro y la propedéutica literaria. Es autor de una de las mejores exposiciones escritas en español sobre el estudio de la literatura: *El análisis literario* (1ª edición, 1953), que en sus numerosas reediciones ha sido siempre mejorada y que es texto obligatorio en numerosas universidades hispánicas. Siempre en esa dirección, ha publicado además *Qué es la literatura* (1954), *Biografía del libro* (1958), *Tiempo y literatura* (1967). Pero también estudió a diversos autores argentinos en artículos periodísticos, en *Milicia literaria de Mayo* (1960) y últimamente en *Imágenes modernistas* (1967).

Guillermo Ara (1917), crítico y catedrático, ha escrito un fino análisis: *C. E. Hudson: el paisaje pampeano y su expresión* (1954); y dos libros sobre Lugones: uno sobre la etapa modernista (1954) y otro que constituye una exposición total de su obra (1958). Además, *Ricardo Güiraldes* (1961), una *Introducción a la literatura argentina* (1966), un panorama de la poesía gauchesca (1967) y un conjunto de originales ensayos, *Los argentinos y la literatura nacional* (1966). Estos libros, sólidamente informados, revelan más que erudición, una fina percepción poética e intuitiva de la realidad personal de cada escritor estudiado.

Juan Carlos Ghiano (1920) comenzó como estudioso de la literatura peninsular (así su *Cervantes novelista*, 1948) y después se inclinó decididamente al análisis de nuestra realidad literaria. Ha producido una obra copiosa en información y en sutiles observaciones críticas: *Temas y aptitudes* (1949), *Lugones escritor* (1955), *Ricardo Güiraldes* (1966). Pero además de los estudios monográficos, ha realizado una extensa labor referida al examen histórico de



Enrique Anderson Imbert
y María Rosa Oliver,
ésta en momentos de dedicar un libro



Guillermo Ara

Revistas universitarias de crítica

La crítica universitaria, sobre todo a partir de la labor intensa de Ricardo Rojas, ha dedicado un constante empeño al estudio de nuestras letras, pero no logró mantener —hasta hoy— una publicación dedicada exclusivamente a la literatura argentina o hispanoamericana. Tal vez el mejor registro de la actividad constante de las letras iberoamericanas actuales, pueda encontrarse en la Revista *Hispánica Moderna* fundada por Federico de Onís en 1939, en Nueva York. Allí aparecen índices bibliográficos permanentes sobre todo lo importante que se edita en nuestros países, además de estudios críticos. Revistas que han publicado artículos sobre obras y autores argentinos: *Humanidades* (La Plata); *Universidad* (Santa Fe); *Revista de Humanidades*, *Revista de la Universidad de Córdoba* y *Boletín de Literatura Argentina* (Córdoba); *Boletín de Literaturas Hispánicas* (Rosario); *Revista de Literaturas Modernas* y *Revista de Literatura Argentina e Iberoamericana* (Mendoza); *Humanitas* (Tucumán); *Revista de la Universidad de Buenos Aires* (Buenos Aires); *Nordeste* (Chaco); *Cuadernos del Sur* (Bahía Blanca), etc.

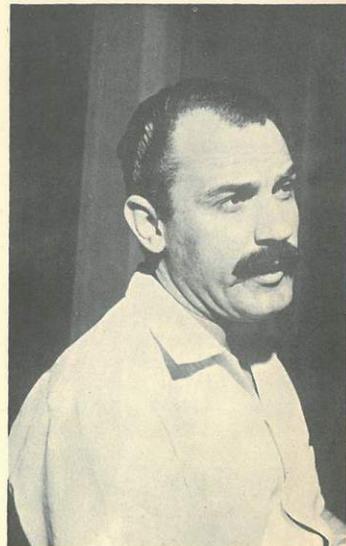


Juan Carlos Ghiano

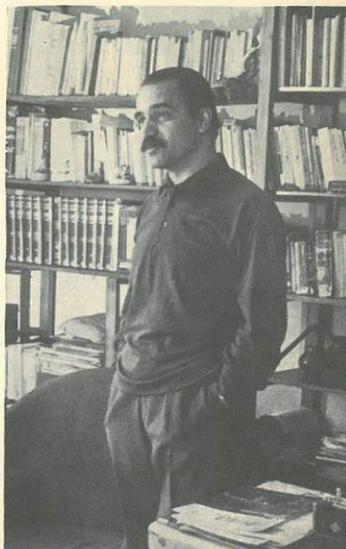
nuestras letras: *Constantes de la literatura argentina* (1953), *Testimonio de la novela argentina* (1956) y el primer panorama de la *Poesía argentina del siglo XX* (1957), que ordena medio siglo de corrientes y grupos poéticos.

La nueva crítica: 1950-1966. —

El fenómeno peronista produjo muchos cambios en la realidad nacional. En la literatura dio origen a una nueva generación literaria que un crítico uruguayo, Emir Rodríguez Monegal, denominó “generación de los parricidas”. Esta denominación se basa en el hecho de que con esa generación aparece en la crítica literaria un grupo nuevo y diferente de estudiosos de la historia intelectual argentina, cuyas críticas, a veces durísimas, a la generación de 1925, postulan no solamente un cambio de rumbo, sino un enfoque distinto de la realidad literaria. Sus figuras más destacadas comenzaron escribiendo en *Centro* y en *Contorno* (1953-1958) y los nombres mayores de la misma son Adolfo Prieto (1928), Noé Jitrik (1928) y David Viñas (1929). Formados todos en las aulas universitarias, llegan a la crítica no por necesidad estética sino empujados por motivos políticos y sociales derivados de la extraña realidad que vivía la nación en esos años. Lectores de Jean-Paul Sartre, Merleau-Ponty y Simone de Beauvoir, suman la metodología fenomenológica a una permanente preocupación por las relaciones de la literatura con la realidad política e histórica. Se niegan a la visión estilística o puramente estética, y proclaman una concepción totalitaria del escribir que supone que a un lenguaje determinado, a ciertos tics estilísticos y a preferencias temáticas, corresponde siempre una peculiar visión del mundo, una postura política, filosófica e ideológica específica. Así es como son los primeros preocupados en la realidad social de la literatura, y Adolfo Prieto, por ejemplo, estu-



David Viñas



Adolfo Prieto

diará con detenimiento la relación público-escritor-obra literaria en un libro titulado *Sociología del público argentino* (1956). Se niegan a admitir los valores consagrados, y los someten a un meditado examen; eso puede verse en *Borges y la nueva generación* (1954), del mismo Prieto, o en sus obras posteriores: *Proyección del rosismo en la literatura argentina* (1959), *La crítica literaria argentina* (1962), primera encuesta rigurosa hecha sobre este aspecto de la realidad literaria en nuestro país. La nueva crítica, además, ha apelado al uso del psicoanálisis profundo para la comprensión de ciertos fenómenos, cosa visible por ejemplo en *La literatura autobiográfica argentina* (1962 y 1966), de Prieto, o en *Del apogeo de la oligarquía a la crisis de la ciudad liberal: Laferrère* (1967), de David Viñas, que apela a la crítica estructural, al psicoanálisis y también a la estilística para dar una visión socio-política magníficamente renovada de la obra de este dramaturgo. Un ejemplo de esta nueva forma de examinar los textos es otra polémica y rica obra de Viñas: *Literatura argentina y realidad política* (1964). Noé Jitrik se confiesa lector del crítico francés Maurice Blanchot y ha publicado *Horacio Quiroga* (1959 y 1967), *Leopoldo Lugones, mito nacional* (1960), *Seis novelistas argentinos de la nueva promoción* (1960), *Procedimiento y mensaje en la novela* (1962) y *Escritores argentinos* (1967). Todos reclaman una revisión crítica de las letras argentinas, que enfoque totalmente la obra y las vidas, que se niegue a aceptar los mitos o la complacencia de la crítica tradicional.

Folklore y gauchesca. — Conviene ahora retroceder algo en el tiempo y tomar desde el comienzo de siglo la obra crítica de tipo folklórico. Martiniano Leguizamón (1858-1935), nativista entrerriano, se dedicó casi exclusivamente a la poesía gauchesca:

De cepa criolla (1908), *La cinta colorada* (1916), *La cuna del gaucho* (1935). Junto a él debemos citar a Jorge M. Furt (1900), editor de un *Cancionero popular rioplatense* (1923-1925), *Antología gauchesca* (1930) y una excelente edición de la obra de Tejeda (1946). El catamarqueño Juan A. Carrizo (1895-1957) recogió solo, de boca del pueblo, los cantares tradicionales del norte argentino; publicó millares de coplas de Catamarca (1926), Salta (1933), Jujuy (1935), Tucumán (1937), La Rioja (1942) y fundó el Instituto Nacional de la Tradición (1953). Allí trabajaron Bruno Jacovella (1910), Augusto Raúl Cortazar (1910), J. Cáceres Freire (1916), Susana Chertudi (1925), Olga Fernández Latour (1935). Todos han publicado obras de gran valor sobre nuestra producción folklórica. Como estudioso de la literatura gauchesca se destaca Augusto Raúl Cortazar, a quien debemos *Esquema del folklore* (1959), *Qué es el folklore* (1956), *Indios y gauchos en la literatura argentina* (1956), *Poesía gauchesca argentina* (1956), y un intento de aclaración de las oscuras relaciones entre *Folklore y literatura* (1964). Ha editado además el *Martín Fierro* de modo ejemplar. Entre los numerosos críticos dedicados a la gauchesca solamente podemos citar a Bernárdez Jacques, M. Román, Lehman Nietzsche, E. Coni, P. Inchauspe, I. Moya, V. Rossi, Fermín Chávez, C. A. Leuman, H. J. Becco, H. H. Azeves y muchos más. Marcaron una etapa importante en el estudio de *Martín Fierro* algunas obras: *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, de Ezequiel Martínez Estrada (1948); C. A. Leuman, *El poeta creador* (1945); A. H. Azeves, *La elaboración literaria del Martín Fierro* (1960); F. Chávez escribió la mejor biografía sobre Hernández (1959).

La historia de la literatura dirigida por Rafael A. Arrieta — Entre 1958 y 1960 aparecieron los



Jean-Paul Sartre



Simone de Beauvoir

La crítica dedicada al folklore y a las expresiones literarias populares tiene una rica tradición en nuestro medio, desde los trabajos precursores de Martiniano Leguizamón y las tareas de compilación de Juan Alfonso Carrizo, hasta las investigaciones actuales de Augusto Raúl Cortazar.



Martiniano Leguizamón, por Alonso, en Caras y Caretas, el 7-12-1912



Guardaba, fotografía 1878 en la varedas, aprovecho exponerla dad muy hacia tiempo, una tomada el año estancia las Pol-del Saladillo, y la coyuntura para como una curiosidad muy sugeridora de los hombres y cosas del pasado argentino.

Es una simple estampa de viejo paisano, pero es toda una reliquia. Representa a don Servilano Maidana —criollo de pura cepa hasta por el apelativo— que sirvió con el general Lavalle como baquiano en la revolución del 39, y que achacoso ya por los años y las penurias de las bravas campañas jalonadas con sangre y odio, desde las pampas de Buenos Aires hasta las mesetas de Jujuy, conserva aún con todos los resabios tenaces del partidista, la patilla característica en forma de U que usaron a modo de alivio penacho los unitarios.

Página de La cinta colorada, de Leguizamón (1916)



Juan Alfonso Carrizo



Augusto Raúl Cortazar

seis grandes y bien ilustrados volúmenes de la historia que editada por Peuser fue realizada de manera colectiva por un grupo de críticos argentinos, bajo la dirección de Rafael A. Arrieta. En ella colaboraron Julio Caillet Bois, el mismo director, Angel Battistessa, Roberto Giusti, R. Sáenz Hayes, Carmelo Bonet, Luis Emilio Soto, César Fernández Moreno, Ezequiel Martínez Estrada, Augusto R. Cortazar, Luis Franco, Ricardo Caillet Bois, etc. Obra desigual debido a los distintos enfoques y calidades de sus autores, continúa una periodización de nuestras letras demasiado atada a lo político, con una metodología confusa y en general muy poco rigurosa. En rigor, se ve afectada por lo más envejecido de las historias de Rojas y Giménez Pastor. Repite criterios ya caducados, y en general se encuentra, técnicamente, muy lejos de los métodos actuales en este tipo de obras aparecidas después de 1910 en cualquier país europeo. Dedicó muy poco espacio a las letras del siglo XX (el período sin duda más valioso de creación auténtica en nuestra literatura) y no ha dejado tampoco una suma ordenada de datos eruditos utilizables.

La crítica teatral. — La crítica de espectáculos y, en especial, la crítica dramática, ha tenido larga vida en nuestro país. Casi todas las revistas literarias han dedicado algún espacio a esas actividades, aunque hubo, y hay numerosas dedicadas a los espectáculos (música, cine, teatro). Entre esas publicaciones debemos contar como las más importantes a: *Boletín de Estudios de Teatro, Criterio, Cuadernos de Cultura Teatral, Histonium, Lyra, Nosotros, Revista de Estudios de Teatro, Revista de teatro, Síntesis, Sur, Talía*, etc.

Historiadores y críticos del teatro: A comienzos de siglo debemos contar a Juan Pablo Echagüe (1877-1950), que escribió en *La Nación* y otras publicaciones y reunió algunos de

HISTORIA DE LA LITERATURA ARGENTINA

DIRIGIDA
POR
RAFAEL ALBERTO ARRIETA

TOMO
I

MCMLVIII
EDICIONES PEUSER
BUENOS AIRES

Portada del primer tomo de la
Historia de la literatura argentina
dirigida por R. A. Arrieta

esos trabajos: *Teatro argentino* (1917), *Una época del teatro argentino* (1926), *Al margen de la escena* (1922). Pesimista y con tendencia a una polémica negatividad fue Nicolás Coronado (1891-1959), quien escribió en numerosos diarios y publicó luego sus *Críticas negativas* (1923 y 1924). Después deben citarse los nombres más destacados de las últimas décadas: Edmundo Guibourg (1893), quien durante medio siglo analizó con gusto y acierto la actividad teatral porteña desde *La Nación*, *El Sol*, *Clarín*, *La Vanguardia*; Alfredo de la Guardia (1899), que fue mucho tiempo crítico de *La Nación* y ha escrito además diversos estudios: *El teatro contemporáneo* (1947), *Imagen del drama* (1954), *González Pacheco* (1962). Otros nombres de críticos que comentaron en publicaciones periódicas las diversas puestas en escena son, por ejemplo, Luis Abascal, Roberto Almeda, Jorge A. Audifred, N. Barranchini, Alfredo A. Bianchi, Tulio Carella, Jorge Cruz, Omar del Carlo, Edmundo Eichelbaum, C. Faig, Hellen Ferro, J. García, E. Grunauer Herrera, J. Lorenzo, I. Malinow, C. Mayón, Luis Ordaz, O. Palazzolo, Jaime Potenze, B. M. Porto, L. M. Rolla, E. Schóo, Kive Staif, Emilio A. Stevanovich.

Si debiéramos contar a los estudiosos de la historia del teatro argentino el primer lugar debiera ocuparlo D. Mariano G. Bosch (1865-1948), que realizó una denodada labor historiográfica: *Historia del teatro en Buenos Aires* (1910), *Teatro antiguo de Buenos Aires* (1904), *Historia de los orígenes del teatro nacional argentino* (1910). Otros historiadores de nuestro teatro han sido Oscar R. Beltrán (1895), *Los orígenes del teatro argentino* (1934); Ernesto Morales (1890-1959), Raúl H. Castagnino (1914), *El teatro argentino en la época de Rosas* (1944), *El circo criollo* (1953) y *Esquema de la literatura dramática argentina* (1950). El mejor erudito sobre teatro colonial es J.

La crítica en el siglo XX: situación y características

1900-1930

Prestigio desusado de ciertos críticos o escritores, en especial Paul Groussac (1848-1929) y Lugones (1874-1938), que dan el espaldarazo o condenan las obras, con acatamiento casi indiscutido de sus juicios. Crítica dogmática, dedicada más a juzgar que a analizar, explicar y comprender. Nacionalismo ideológico y cultural en Rojas (1882-1957) y Manuel Gálvez (1882-1962), que alentará las investigaciones y exámenes históricos de nuestras letras, considerándolos expresión de lo argentino. Fundación de la primera cátedra universitaria dedicada a las letras argentinas (1912) y del primer instituto para su estudio (1922). Aparición de La literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata (1917-1922), de Ricardo Rojas. Visión historicista típica del siglo XIX, con una concepción que tuvo en cuenta las ideas de Taine, de Sainte-Beuve y algunos postulados indianistas evolutivos del propio Rojas. Críticos: Roberto Giusti, Marasso, A. Acuña, Aíta, Bonet, Bosch, Carrizo, Oyuela, Rhode.

1930-1950

Aparición de la crítica estilística. Entre los primeros estudios de ese tipo, el de Amado Alonso sobre el estilo de Groussac (1929). La crítica se pone en manos de universitarios. En la década del 30 aparición de algunos libelistas: Doll, Anzoátegui, que usan un criterio dogmático-ideológico, en general de derecha. No aparece ninguna historia general de nuestras letras.

a excepción de la Literatura argentina (1948) de Giménez Pastor. Obra de síntesis con criterio didáctico.

Historias de algunos géneros: el teatro, por A. Berenguer (1947) Ordaz (1946), Trenti Rocamora (1948); la literatura social (1941) por Alvaro Yunque.

Críticos: Carrilla, Arrieta, Castagnino, L. Leguizamón (Historia de la literatura hispanoamericana, 1945), Martínez Estrada, Juan C. Ghiano, Henríquez Ureña, E. Morales, Enrique Anderson Imbert, Arturo Cambours Ocampo, el español Guillermo de Torre, además de los citados en el apartado anterior, que continúan su obra.

1950-1966

Aparece la primera historia colectiva de nuestras letras, dirigida por Rafael A. Arrieta (1958-1960), en seis volúmenes. Obra dispar, que dedica poco espacio al siglo XX y enfocada con criterio histórico. Se fundan algunos órganos universitarios dedicados a las letras argentinas. Primera historia de la novela: G. García en 1952; primera historia de la poesía del siglo XX: Ghiano en 1957; primera historia del folklore, Carrizo en 1953. Culminación de la obra filológica de María Rosa Lida. Aparición de la nueva crítica, que usando todos los métodos anteriores, intenta una comprensión totalitaria del hecho de escribir, con preeminencia de lo ideológico-político. Uso del psicoanálisis profundo, la crítica estructural y el método marxista-fenomenológico.

Críticos: Adolfo Prieto, David Viñas, Noé Jitrik, César Fernández Moreno, además de los citados y los del período anterior que siguen actuando.



Juan Pablo Echagüe

Luis Trenti Rocamora, autor de *El teatro en la América Colonial* (1947) y *Cristóbal de Aguilar* (1950).

A Luis Ordaz (1912) debemos un libro útil y lleno de noticias y juicios: *El teatro en el Río de la Plata* (1946 y 1957). A Berenguer Carisomo (1905) realizó el único enfoque estético del fenómeno: *Las ideas estéticas en el teatro argentino* (1947). Algunos géneros han sido examinados separadamente: Blas Raúl Gallo (1908), *Historia del sainete nacional* (1958), y algunos temas también, como Casadevall (1902), *El tema de la mala vida en el teatro nacional* (1957), o Angela Blanco Amores de Pagella, *Nuevos temas en el teatro argentino* (1965).

Uno de los pocos estudiosos del teatro que ha analizado el fenómeno teóricamente, es Raúl H. Castagnino: *Teoría del teatro* (1959), a quien debemos también un estudio del teatro como fenómeno social en el Río de la Plata *Sociología del teatro* (1963), o Bernardo Canal Feijóo (1897), quien intentó *Una teoría teatral argentina* (1956).

Entre los estudiosos del teatro universal debemos contar en primer término a José María Monner Sans (1896), informado y didáctico, autor de *Panorama del nuevo teatro* (1939), *Pirandello y su teatro* (1936), *El teatro de Lenormand* (1937), *Introducción al teatro del siglo XX* (1954). Críticos recientes: Julio Imbert, autor de *Gregorio de Laferrère* (1962), *Florencio Sánchez* (1954); Jorge Cruz, *Samuel Eichelbaum* (1966); heterodoxo y renovador por su enfoque sociológico-psicoanalítico, es el libro de David Viñas, *Del apogeo de la oligarquía a la crisis de la ciudad liberal: Laferrère* (1967).

Los teatros independientes, que constituyeron toda una etapa en la historia de nuestra vida dramática, han sido historiados por Enrique Agilda, *El alma del teatro independiente* (1960), y sobre este tema han escrito Emilio Carrilla, H. Ager, Mane Ber-

nardo, Blackie, José Marial, Roberto Pérez Castro, Juan C. Prol, Emilio A. Stevanovich.

Bibliografías. — Entre los más importantes instrumentos de trabajo del investigador de nuestra literatura se cuentan las guías bibliográficas que, con un registro completo y detenido de cada obra, ahorran enormes sacrificios y permiten avanzar con seguridad en la investigación y examen de las obras argentinas. En las últimas décadas debemos contar como una de las más valiosas empresas realizadas la *Bibliografía Argentina de Artes y Letras* (1959), que sostenida por el Fondo Nacional de las Artes y bajo la experta dirección de Augusto Raúl Cortazar, ha cumplido ya una obra extraordinaria. Junto al registro bibliográfico de todo lo aparecido sobre letras en nuestro país, lleva adelante una serie de Bibliografías particulares sobre autores, páginas literarias, filmografía, artesanías, música, etc., que serán de suma utilidad al estudioso. Entre los autores argentinos cuya bibliografía se ha publicado podemos contar a Payró, Pacheco, Gálvez, Alfonsina Storni, Larreta, Borges, Ascasubi, Lynch, Dávalos; otros volúmenes se dedicaron al cuento fantástico, la crítica teatral, el folklore, las artes plásticas en revistas, etc.

El Instituto de Literatura Argentina de la Universidad de Buenos Aires, dirigido por A. Pagés Larraya, ha publicado algunas Guías Bibliográficas: Ricardo Güiraldes, Mallea, Arlt, y una extraordinaria *Contribución a la Bibliografía de Esteban Echeverría* (1959), debida a Natalio Kisnerman, que supera todo lo conocido sobre el tema.

El más conocido de los bibliográficos de nuestras letras es Horacio J. Becco (1924), a quien debemos una *Contribución a la bibliografía de la literatura argentina* (1959), además de trabajos monográficos sobre la gauchesca, Fernández Moreno, Güiraldes, etcétera.



Nicolás Coronado



Edmundo Guibourg



Noé Jitrik

Bibliografía básica

No existe ninguna obra completa sobre el tema. Pueden consultarse:

Anderson Imbert, Enrique, *La crítica literaria contemporánea*, 1957, con una bibliografía sobre la Argentina en p. 134.

Diccionario de la literatura hispanoamericana. Argentina. Washington, Unión Panamericana, 2 vols. 1960 y 1961.

Giusti, Roberto F., "La crítica y el ensayo", en la *Historia de la Literatura Argentina*, dirigida por R. A. Arrieta, vol. IV, 1959.

Prieto, Adolfo, *Encuesta: La crítica literaria en la Argentina*, 1963.

Wapnir, Salomón, *La crítica literaria argentina*, 1956.

Zum Felde, A., *Índice crítico de la literatura hispanoamericana. La crítica y el ensayo*, México, 1954.



Este fascículo, con el libro LA CRITICA MODERNA (selección), constituye la entrega N° 45 de CAPITULO Precio del fascículo más el libro: \$ 160.-

CAPITULO

La historia de la literatura argentina

Todas las semanas aparece una nueva entrega, que consta de un fascículo y un libro. Cada fascículo da un panorama completo de un autor o un período; el libro correspondiente da una obra completa o una antología representativa de dicho autor o período. Los fascículos en su conjunto constituirán la "Historia de la literatura argentina" propiamente dicha; los libros constituirán la "Biblioteca Argentina Fundamental". La obra íntegra —Historia más Biblioteca— se publicará en 56 semanas. He aquí el plan de la obra.

Primera parte: 1. Introducción: Los orígenes - 2. Introducción: El desarrollo - 3. Introducción: Los contemporáneos - 4. Época colonial: del Renacimiento al Barroco - 5. Época colonial: la Ilustración y el Neoclasicismo - 6. La época de Mayo - 7. Nacimiento de la poesía gauchesca - 8. La época de Rosas y el romanticismo - 9. Echeverría y la realidad nacional - 10. El nacimiento de la novela: Mármol - 11. El nacimiento de la crítica: Juan María Gutiérrez - 12. La prosa romántica: memorias, historia, biografías - 13. El ensayo en la época romántica - 14. El ensayo: Domingo Faustino Sarmiento - 15. Desarrollo de la poesía gauchesca - 16. José Hernández: el Martín Fierro - 17. La segunda generación romántica: la poesía - 18. Lucio V. Mansilla - 19. La generación del ochenta: las ideas y el ensayo - 20. La generación del ochenta: la imaginación - 21. La "prosa ligera" y la ironía: Cané y Wilde - 22. El naturalismo y el ciclo de la Bolsa - 23. Los últimos románticos.

ENTREGA	FASCICULO	LIBRO
Segunda parte		
24	La vuelta del siglo: Almfuerte	Poesía y prosa - Almfuerte - 152 págs.
25	El modernismo	La poesía modernista - Antología - 96 págs.
26	Leopoldo Lugones	La prosa modernista - Antología - 96 págs.
27	Modernismo y narrativa: Enrique Larreta	La gloria de don Ramiro - Larreta - 272 págs.
28	Realismo y picaresca: Roberto J. Payró	Violines y toneles - Payró - 168 págs.
29	Modernismo y naturalismo: Horacio Quiroga	Los gauchos judíos - Gerchunoff - 120 págs.
30	Ricardo Güiraldes	Raúcho - Güiraldes - 120 págs.
31	El teatro en la vuelta del siglo: Florencio Sánchez	En familia y Barranca abajo - F. Sánchez - 120 págs.
32	El teatro: Gregorio de Laferrère	¡Jettatore! y Las de Barranco - Laferrère - 184 págs.
33	La poesía en el avance del siglo	Selección de poemas - Carriego y otros poetas - 112 págs.
34	Feminismo y poesía: Alfonsina Storni	Antología poética - Alfonsina Storni - 96 págs.
35	La poesía de Enrique Banchs	El cascabel del halcón - Banchs - 120 págs.
36	Fernández Moreno: el sencillismo	Poesía y prosa - Fernández Moreno - 120 págs.
37	Realismo tradicional: narrativa urbana	Nacha Regules - Gálvez - 180 págs.
38	Realismo tradicional: narrativa rural	Los caranchos de la Florida - B. Lynch - 180 págs.
39	El movimiento de Martín Fierro	Selección - Macedonio Fernández - 120 págs.
40	Florida y la vanguardia	Antología de Florida - 120 págs.
41	Boedo y el tema social	Antología de Boedo - 120 págs.

Fascículos que aparecerán posteriormente: 42. La novela moderna: Roberto Arlt - 43. Madurez del teatro: Samuel Eichelbaum - 44. El ensayo moderno: Ezequiel Martínez Estrada - 45. La crítica moderna - 46. Intelectualismo y existencialismo: Waller - 47. La novela experimental: Marechal - 48. La narrativa fantástica: Borges - 49. La poesía: la generación del 40 - 50. La poesía social después de Boedo - 51. Desarrollo de la narrativa: la generación intermedia - 52. La generación intermedia en teatro: los teatros independientes - 53. La generación del 55: los narradores - 54. Las nuevas promociones: el ensayo - 55. Las nuevas promociones: la novela; la poesía - 56. Las revistas literarias.